



## Las mayas de Almería

Aunque la primavera empieza el 21 de marzo y meteorológicamente lo hace el día 1 de ese mes, es en mayo cuando los jardines y balcones se reviste con sus mejores galas y las calles se inundan de perfumes, de luz y de alegría que se manifiesta en nuestros rostros de forma contagiosa. Es el renacer de los niños que saltan, juegan y cantan en plazas y calles de forma incansable, después de un largo y monótono invierno. Pero en Almería durante mi niñez, todo el mes de mayo era la fiesta de “las Mayas”. Sus raíces no son cristianas, pues son anteriores al cristianismo. Los romanos levantaban una especie de altar junto a una columna o muro y a su alrededor se cantaba y bailaba para homenajear a “la maya”. Es por tanto anterior a la creación del mes de mayo, que curiosamente debe su nombre precisamente a esta fiesta primaveral, lo mismo que julio lo debe a Julio Cesar y agosto a César Augusto; bueno no quiero dar más pistas, no sea que a alguno de nuestros gobernantes se les ocurra la idea de crear un mes más con su nombre, porque septiembre que empieza por “S” ya existe. Para no confundir a nadie quiero dejar claro que “las mayas” no tienen nada que ver con las cruces de mayo, simplemente

coinciden en el tiempo. Así que me voy a limitar a hablar de las mayas que yo conocí durante mi niñez y que hoy desgraciadamente han desaparecido.

Una maya era una especie de decorado floral que se montaba en plena calle, normalmente teniendo de telón de fondo una ventana, de cuya reja se colgaba una colcha de colores vivos y a ser posible con flecos para hacerla más llamativa, era como el fondo de un trono modesto. A sus pies se colocaba una silla o una mesa pequeña sobre una pequeña alfombra, donde se sentaba la niña que tenía el honor de ser la maya, que normalmente era la más guapa del grupo. Aunque no existía una uniformidad rigurosa, sí había elementos comunes en su vestimenta, que describo sucintamente con la ayuda de mi mujer: una falda con una o varias pasa cintas de colores vistosos, una blusa blanca o de un color claro haciendo juego con un delantal ribeteado. Pendientes grandes y pelo con moño con un lazo blanco grande, podría ser el prototipo de vestido de una maya. Este decorado quedaba enmarcado por un cinturón a sus pies de macetas y flores cortadas de los escasos jardines de la ciudad y sobre todo de las flores robadas que colgaban de las rejas de las casas de puerta y ventana de las que ya hablamos en su día. El resto de las niñas que formaban el grupo de la maya se dedicaban a pedir a cuantas personas mayores pasaban por allí cerca, y lo hacían con una frase hecha que aún recuerdo: “una perrillica pa la maya que no tiene vestido ni saya”; hoy con el euro habría que acuñar una frase nueva que tuviese algo de rima. A los mayores nos está costando acostumbrarnos a la música del sorteo de Navidad desde que desapareció la peseta y mire usted que ya han pasado años. Las dos o tres pesetas que sacaban pidiendo, en algunas calles hasta un par de duros, lo gastaban en comprar chucherías (léase cacahuetes, pipas o algún caramelo); pero las niñas eran muy felices preparando la maya y luego compartiendo aquellas golosinas. Las tardes de mayo se vestían de primavera y el griterío de los críos se mezclaba con el aleteo de las golondrinas y vencejos que surcaban las calles en vuelo bajo y suicida persiguiendo a los insectos desprevenidos.

ÁNGEL LÓPEZ MOYA

Coronel de Caballería retirado